

ÁLVAREZ MARTÍ-AGUILAR, M. (ed.): *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas*. BAR International Series 2245, 2011. Oxford: Archaeopress, 2011. 248 pp. ISBN: 978 1 4073 0809 8.

Todo el mundo sabe que los tartesios poseían un reino enormemente próspero, que comerciaban provechosamente con fenicios y griegos, y que sobre ellos reinó Argantonio durante largo tiempo. Resulta llamativo con qué pocas referencias literarias, «ilustradas» desde mediados del siglo XX con un puñado de objetos arqueológicos, se ha construido un *corpus* historiográfico tan abundante respecto de Tartessos, el que durante décadas fue considerado el primer reino español. Por fortuna, desde los años ochenta se ha vuelto sobre el tema desde una perspectiva crítica, lo que ha provocado una ruptura completa del antiguo paradigma. Una ruptura, y decenas de nuevas construcciones, ya que las propuestas interpretativas acerca de los procesos históricos desencadenados en el sur peninsular durante la primera mitad del I milenio a. C. comienzan a amontonarse, sin que por el momento la historiografía sea capaz de salvar las contradicciones establecidas entre ellas. Uno de los resultados de este interesante y fructífero debate es el volumen que tenemos entre manos, en cuyas páginas podemos observar hasta qué punto nuestra visión de Tartessos se ha modificado en los últimos años gracias a los nuevos descubrimientos y a la aplicación de las nuevas perspectivas epistemológicas.

*Fenicios en Tartessos* recoge los resultados de un congreso celebrado en 2008 en la Universidad de Málaga,

si bien el volumen no ha sido concebido como unas actas, y de hecho en él han tenido cabida otros artículos cuyos autores no participaron en el encuentro, a condición de que sus aportaciones arrojaran nuevas perspectivas sobre el tema central del trabajo: el análisis de la realidad tartésica desde el punto de vista de la identidad y la etnicidad.

A este respecto, el punto de partida planteado por el editor científico, presente en mayor o menor medida en la mayoría de las aportaciones y visible en el mismo título de la obra, resulta, creemos, provocador pero enormemente productivo. M. Álvarez considera ya inapropiada la concepción de Tartessos como las gentes autóctonas del Bronce Final anteriores a la llegada de los primeros colonos fenicios, o como la cultura indígena «aculturada» por los impulsos orientalizantes llegados del Mediterráneo, y distinta de la que se desarrollará en la segunda mitad del primerio milenio a. C. Por el contrario, este autor concibe Tartessos como un marco espacial en el que durante siglos convivieron e interactuaron diferentes pueblos, de entre los cuales los fenicios desempeñaron un papel de primer orden, posiblemente muy distinto al que la historiografía tradicional les ha asignado como grupúsculos de comerciantes presentes en las factorías costeras. Esta visión implica, como el propio autor reconoce en la introducción al volumen y tal y como ha desarrollado anteriormente en otros libros y artículos, replantear no solo la «autoctonía» de lo tartesio y la presencia fenicia en regiones tradicionalmente consideradas «tartésicas» (y en las que sin embargo se documenta un registro

arqueológico similar al de las áreas «fenicias»), sino incluso las relaciones entre fenicios e indígenas en el sur peninsular, los fenómenos de identidad y etnicidad operativos en estas comunidades, e incluso la esencia misma de conceptos tan habituales como el de «orientalizante», que el autor considera producto del paradigma antropológico ya obsoleto de la «aculturación».

En lo que se refiere a la estructura del volumen, esta se compone según el editor en tres grandes bloques: uno dedicado a analizar la diversidad y heterogeneidad de los fenicios que llegaron a Occidente, un segundo grupo cuyo objetivo es el estudio de los problemas teórico-metodológicos relativos a la presencia fenicia en Tartessos, y un último bloque dedicado a estudios específicos sobre el tema desde las fuentes literarias. En la práctica, sin embargo, y desde nuestro punto de vista, esta distribución no está tan clara, sino que en nuestra opinión lo que tenemos entre manos es una docena de trabajos compuestos por algunos de los máximos especialistas en la materia que, desde distintas orientaciones metodológicas y haciendo hincapié en diversos aspectos, tratan de dar respuesta a cuestiones tales como quiénes eran los orientales que llegaron a Occidente y cómo se organizaron, quiénes eran los demás pobladores del sur peninsular y cómo respondieron ante el proceso colonizador, cómo funcionó y hasta cuándo la identidad colonial, etc.

En primer lugar, J. M. Blázquez, revisando y actualizando algunos de sus trabajos anteriores, estudia las analogías detectables entre la cultura material «tartésio-oriental» con la chipriota, deduciendo la importación de

creencias, rituales e ideas junto con los propios materiales desde Chipre a la Península Ibérica, gracias a lo cual establece, desde esta perspectiva histórico-cultural, la procedencia chipriota de parte de los colonizadores, y la presencia oriental en enclaves del interior peninsular tales como Cástulo. Acompaña su contribución de un completo apartado gráfico.

M. Botto, por su parte, reivindica la agencia de las marinas centromediterráneas en los intercambios a larga distancia durante el Bronce Final, tomando como caso de estudio la nurágica, cuyas rutas comerciales analiza a través de la dispersión de los materiales sardos en el Mediterráneo y los objetos alóctonos documentados en la propia Cerdeña, además de la existencia en otros lugares de cultos y rituales que considera de origen sardo, y de otra documentación aislada como la supuesta mención a Tarshish en la estela de Nora y las referencias al Norax hispano como fundador de dicho asentamiento. Este autor llega a una conclusión provocadora: que los contactos entre Oriente y Occidente no desaparecieron tras la caída de los palacios micénicos gracias a la intermediación sarda como interlocutora de los comerciantes-guerreros chipriotas, siendo los propios sardos quienes abrieron a los fenicios los mercados occidentales.

En tercer lugar K. Mansel, tras una breve introducción al registro arqueológico que la ciudad de Cartago proporciona para los siglos VIII-VI a. C., presenta los materiales hispanos allí documentados, fundamentalmente ánforas aunque también cerámica de cocina y fibulas, con la intención de incidir en la bidireccionalidad de las relaciones

entre gentes peninsulares (incluyendo los fenicios occidentales allí asentados) y cartagineses a través de esta etapa arcaica, bidireccionalidad que generalmente se soslaya en estudios de este tipo.

Completando el primer bloque de artículos, A. Mederos y L. A. Ruiz Cabrero tratan de argumentar la agencia (y, de hecho, la supremacía) sidonia durante los primeros momentos de la colonización fenicia de Occidente. Se basan para ello en tres fuentes fundamentales: la exégesis de los textos relativos a la fundación de Cádiz y los intercambios en el Mediterráneo, desde Homero a Justino; la compilación y estudio de los grafitos fenicios hallados en la provincia de Cádiz (estudio que completa los llevados a cabo por los mismos autores en otras provincias españolas); y la identificación de Castillo de Doña Blanca con la Asido de las fuentes y el rastreo de la azarosa vida de este topónimo a través de la historia.

A continuación, C. G. Wagner aporta un interesante ensayo sobre los mecanismos de implantación fenicia en Tartessos, reivindicando para este proceso un modelo de interpretación colonialista complejo que supere las tradicionales concepciones irénicas del fenicio navegante que comercia con los indígenas desde las factorías. Identifica «Tartessos» como la realidad que los griegos encuentran cuando llegan a la Península y en la que los fenicios llevaban ya siglos insertos, y plantea la necesidad de estudiar las identidades «locales» en sus distintos niveles y alcances, valorando por ejemplo hasta qué punto y con qué intensidad perduró operativa la identidad colonial fenicia occidental.

Desde un punto de vista mucho más pegado al dato arqueológico, el equipo encabezado por A. Arancibia presenta los resultados de las últimas excavaciones de urgencia realizadas en torno a la ciudad de Málaga, en las que han tenido lugar descubrimientos tan importantes como una posible factoría fenicia de mediados del siglo IX a. C., un posible santuario betílico, un lingote chipriota en la propia Málaga... datos todos ellos que permiten comprender mejor los procesos históricos operativos durante la colonización fenicia de la Península, y que sirven además para contextualizar excavaciones sistemáticas más antiguas u otras que aún se están llevando a cabo, como la del cercano Alcorrín (Málaga).

A. M. Arruda presenta asimismo los materiales cerámicos de ciertos yacimientos portugueses y analiza su datación tipológica, obteniendo datos que le sirven para contraargumentar el modelo propuesto por la que ella denomina «escuela de Madrid», basado en la idea de que los tartesios colonizaron el sur de Portugal a través de la cuenca del Guadiana. La arqueóloga no duda de que existieran dichos contactos, pero sí de su direccionalidad, pues utiliza la mayor antigüedad de los materiales portugueses para defender que fueron los propios fenicios quienes primeramente se asentaron en la costa portuguesa y desde allí irradiaron sus materiales hacia el interior extremeño. Con este modelo, además, Arruda critica implícitamente la supuesta potencia colonizadora tartésica, así como su extensión por Extremadura y su agencia en lo relativo a la dispersión de materiales orientales.

J. L. Escacena por su parte propone una sorprendente aproximación a los problemas tratados desde una perspectiva darwinista, o simplemente biologicista, esto es, reivindica un método más «científico» para la interpretación histórico-arqueológica en detrimento de la habitual perspectiva esencialista. Aplicando las consecuencias derivadas de la teoría evolucionista, Escacena trata de arrojar nuevas luces sobre ciertos comportamientos humanos, tales como la expansión y posterior implantación fenicia en Occidente (mucho más densa de lo que generalmente se admite), la visión que de las gentes orientales se formaron los navegantes griegos, o el comportamiento de los «*turta*» (los habitantes no-orientales del mediodía peninsular, que el autor considera que no necesariamente deben considerarse indígenas) ante el fenómeno colonizador.

Con una perspectiva igualmente crítica aunque desde posicionamientos muy diferentes, E. Ferrer trata de estudiar la diversidad identitaria de las comunidades fenicias de la Península Ibérica en época tardía, con la *polis* como sujeto básico de estudio, empleando para ello únicamente las fuentes literarias, pues parte del axioma de que datos arqueológicos y literarios requieren metodologías de análisis distintas y aportan perspectivas diferentes que no pueden mezclarse sin más. A través del estudio crítico de los topónimos y etnónimos y de referencias a las leyendas de fundación o a determinados cultos, el autor desestructura determinadas falacias firmemente asentadas en la historiografía, tales como la preeminencia de *Gadir*, motivadas en buena medida por obviar que se trata en su mayoría

de discursos ideológicos tardíos que responden a los intereses de las elites tardorrepublicanas peninsulares.

M. C. Marín Ceballos cierra el segundo bloque de artículos analizando las prácticas culturales y las creencias del mundo fenicio-púnico occidental, con la intención de aislar las particularidades que pudieran caracterizar la religión de *Gadir*. Su posicionamiento, por tanto, es contrapuesto al del anterior autor, pues parte de la aceptación de la supremacía de *Gadir* en Occidente y de una cierta historicidad de las fuentes literarias relativas a su fundación. En todo caso, la contraposición de fuentes literarias, epigráficas y, en menor medida, iconográficas, provenientes de Cádiz, Cartago, Tiro y el Mediterráneo Central le lleva a concluir que el panteón gaditano es típicamente tiro, aunque goza de una mayor idiosincrasia y personalidad que el de otras ciudades fenicias occidentales.

L. Antonelli retoma sus estudios sobre la periplografía antigua para analizar las referencias que de la presencia fenicio-púnica ofrece la *Ora Marítima*. El autor niega la originalidad de Avieno y estudia su periplo de forma casi «estratigráfica», diferenciando cuatro fases en las que la fuente primaria (de la segunda mitad del siglo VI a. C.) habría sido reelaborada antes de la época del propio Avieno, y tratando de identificar cuáles serían las aportaciones de cada uno de estos compiladores. Por lo que se refiere al mundo semita occidental, Antonelli propone una interesante distinción entre las referencias a «fenicios» y a «púnicos» en el poema, motivadas según él por la operatividad o no de la identidad fenicia en la memoria

colectiva de las ciudades en el momento en que el periplo era compilado.

Finalmente, P. Moret trata de analizar la evolución del etnónimo *turdetani* en las fuentes grecolatinas, sin entrar a estudiar, como el propio autor reconoce, cuál sería la realidad identitaria indígena escondida tras estas referencias exógenas. Mediante un estudio crítico y contextualizado de las fuentes literarias que hacen referencia a este etnónimo, Moret concluye que los diversos autores clásicos que lo emplearon hacían referencia a realidades histórico-geográficas distintas, pero que la homonimia de los pueblos referidos ha promovido la confusión entre la historiografía moderna.

En definitiva, *Fenicios en Tartessos: nuevas perspectivas* supone, en nuestra opinión, una interesante puesta al día de las diferentes líneas de investigación y algunas de las últimas aportaciones referidas a este ámbito de la investigación protohistórica peninsular que tanto y tan rápido está transformándose en los últimos años. Una puesta al día que además profundiza en la perspectiva de la identidad y la etnicidad, tanto más interesante en cuanto a que se aplica a un contexto de estrecha convivencia e interacción entre poblaciones muy distintas en unos momentos de enormes transformaciones. A este respecto, nos hubiera gustado que el volumen se hubiera completado con un apartado estrictamente metodológico en el que se discutiera explícitamente la aplicabilidad de algunos de los conceptos que en los últimos tiempos se han situado en el centro del debate sobre la identidad en contextos coloniales, y que sin duda han sido empleados de manera más o menos implícita por la

mayor parte de los autores reseñados, tales como el de agencia, hibridación, *middle ground*, *mimicry*, consumo, *terra nullius*, etc. Pero en cualquier caso, *Fenicios en Tartessos* nos ofrece una interesante y poliédrica perspectiva de Tartessos y el mundo fenicio occidental, implementada con nuevos datos arqueológicos, nuevas interpretaciones de los textos literarios, y nuevos enfoques metodológicos, por lo que constituye toda una referencia para los futuros estudios sobre un tema tan complejo como el presente.

Jorge García Cardiel